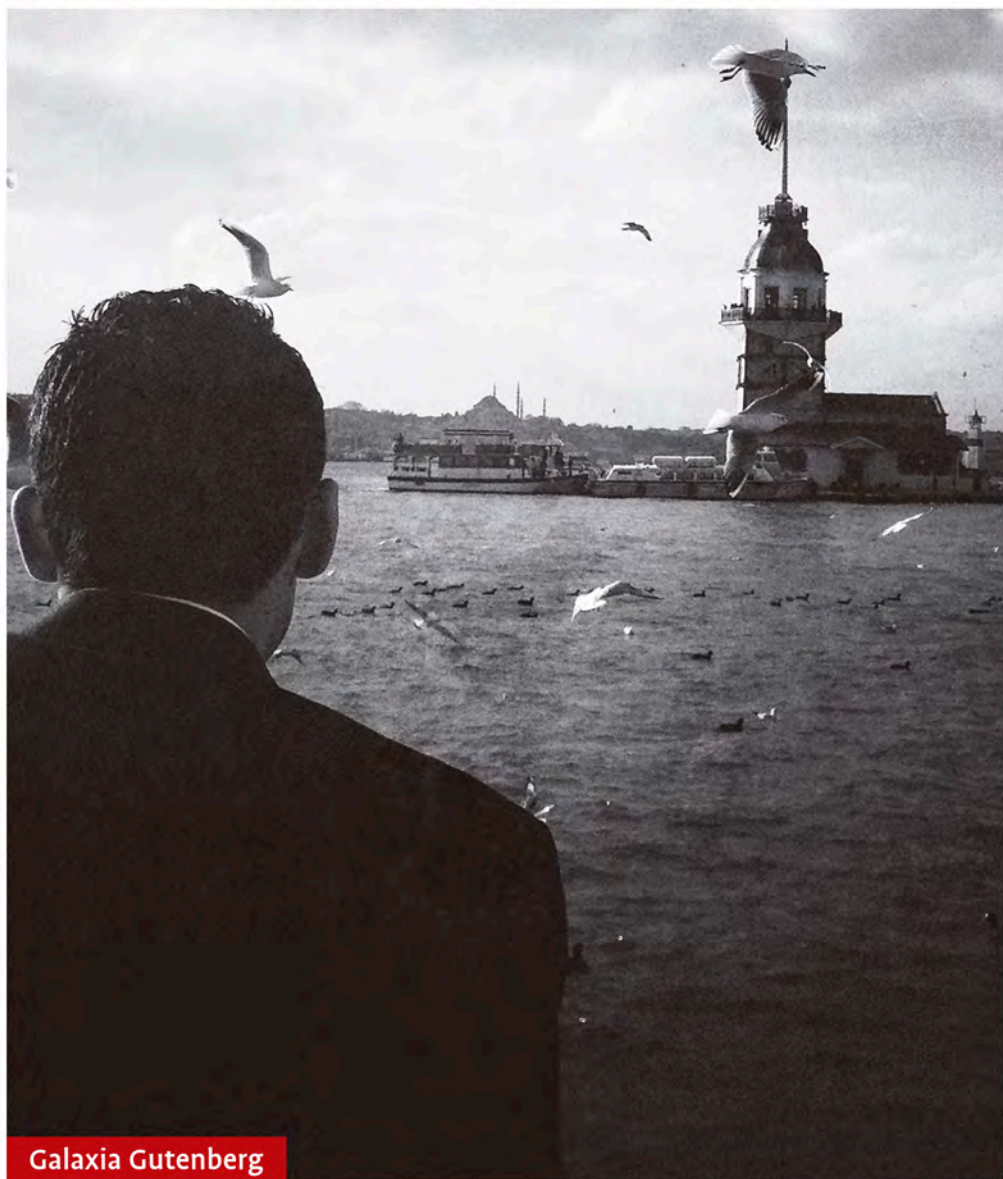


Zülfü Livaneli

Serenata para Nadia

Traducción del turco de Rafael Carpintero



ZÜLFÜ LIVANELI

Serenata para Nadia

Traducción de Rafael Carpintero

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Serenad*
Traducción del turco: Rafael Carpintero Ortega

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2023

© Zülfü Livaneli, 2019
© de la traducción: Rafael Carpintero, 2023
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 42-2023
ISBN: 978-84-19392-14-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

I

En primer lugar, tengo que decir que soy una de esas personas que se sienten cómodas en un avión; me olvido de que estoy en una caja de metal a ocho mil metros del suelo, en el vacío, y me concentro en la calidad del vino, el sabor de la comida y la anchura del asiento.

Estoy cómodamente sentada en el avión Frankfurt-Boston, saboreando mi oporto blanco, escuchando el dulce rumor de los motores a reacción.

El avión ya se ha sumido en la oscuridad que sigue al servicio de comida. Algunos pasajeros se han puesto el antifaz que previamente sacaron de la bolsa azul que nos repartieron y están durmiendo, otros se han puesto los gruesos calcetines que venían en la misma bolsa y miran una película en la pantalla que tienen delante. Quienes ven una comedia se ríen en voz alta porque no pueden oír su propia voz con los auriculares puestos. El anciano de pelo cano que se sienta delante de mí debe de padecer el síndrome de las piernas inquietas porque no deja de sacudirlas.

Las azafatas alemanas, con su uniforme azul y su gorrito, están ahora cerrando las cortinillas después de haber recogido la comida y habernos invitado a todos a dormir. Aunque es de noche, lo hacen para asegurarse de que el sol, cuando salga, no despierte a los pasajeros.

Si en lugar de desayuno prefieres seguir durmiendo, tienes que encender el aviso correspondiente encima del asiento. Pero, de todas formas, no tengo intención de dormir.

He empezado a escribir estas líneas en el ordenador portátil que tengo frente a mí y pienso continuar hasta que llegemos a

Boston. Tengo que terminar mi historia antes de que aterricemos en la ciudad.

No sé por qué, es algo que siento como si fuera una obligación. Acabar la historia, terminar con este asunto, que ya no quede nada por contar. Ajustar cuentas con el pasado, enterrar el dolor sufrido, las huellas de la barbarie humana. Carl Sagan decía que el ser humano todavía lleva consigo la agresividad de sus antepasados reptilianos. «El bulbo raquídeo –decía– es el órgano en el que se localizan la violencia, los rituales, las jerarquías locales y sociales herencia de nuestros antepasados reptilianos de hace millones de años, que han ido evolucionando con el tiempo.»

Me parece una observación muy acertada. Todos llevamos dentro un cocodrilo, oculto, escondido bajo comportamientos amables, pero que, ante la mínima amenaza, saca rápidamente los dientes afilados.

Tengo que contarlo todo. Sólo después de esta confesión y este testimonio podré superar el dolor y la vida volverá a ser más sencilla.

Embarqué esta mañana en el vuelo Estambul-Frankfurt. En Frankfurt esperé un rato para el transbordo mientras me tomaba un café con leche. Luego atravesé los complejos laberintos de este aeropuerto-ciudad en el que todo está pensado para volar y llegué al control de pasaportes. Me puse en la cola de los no europeos, esperé que me llegara el turno y le entregué mi pasaporte con la media luna y la estrella a un policía de fronteras de mirada helada. El policía registró cuidadosamente en el ordenador toda la información que contenía.

Nombre: Maya

Apellido: Duran

Sexo: Mujer

Fecha de nacimiento: 21 de enero de 1965

Supongo que habrá calculado que tengo treinta y seis años.

Menos mal que en los pasaportes no existe la casilla «religión» y por eso no constaba «religión: islam», pero, teniendo

en cuenta que sostenía un pasaporte turco, el policía alemán debía de estar bastante seguro de ello. ¡Qué otra cosa podía ser! Sin embargo, yo llevaba en mi interior otras tres mujeres distintas. No era sólo Maya; al mismo tiempo era Ayşe, Nadia y Mari.

Iba a entrar en Estados Unidos con esas cuatro personalidades. Luego tomaría un taxi en el aeropuerto Logan de Boston e iría al Hospital General de Massachusetts.

Nadie me preguntaría por mi religión. Y si alguien sentía curiosidad, tenía la respuesta preparada: musulmana, judía y católica; en suma, persona.

Las azafatas del avión son todas altas, rubias y bonitas. Como a todos los alemanes, el uniforme les sienta como un guante. No he visto en mi vida pueblo como los alemanes, siempre llevan la ropa sin arrugas, como si acabaran de plancharla o de almidonarla en la tintorería. No sé si será porque son así de constitución o porque siempre andan muy erguidos, pero a los alemanes no les pasa como a la gente como yo, que por mucho cuidado que tengas con la ropa y salgas cada mañana de tu casa hecha un pincel, al final de la jornada laboral tienes un aspecto horrible y desaliñado.

Como me he pasado años recibiendo a visitantes extranjeros en la Universidad de Estambul, tengo mis opiniones sobre cada nación, aunque no sean tantas como La Bruyère. En estos asuntos no suelo equivocarme.

Una de esas arregladas azafatas recoge mi copa de oporto y me pregunta en inglés si quiero otra.

«*Thank you!*», le respondo indicándole que sí. Me gusta este vino desde que Filiz me trajo una botella de oporto blanco a su regreso de un congreso de medicina en Portugal. Por mucho que me cueste encontrarlo...

En realidad, no bebo demasiado. Fue Ahmet quien me hizo probar el vino por primera vez. No me gustó, pero como él sí me gustaba no le dije nada. Y luego probablemente me acosé. ¡Ah, aquellos primeros años! Aquellos años en los que el monstruo que Ahmet llevaba dentro todavía dormía, en que el Ahmet que yo conocía era otro, en que imaginaba que

era el hombre con el que siempre había soñado, fuerte, pero con cierta delicadeza femenina.

Si salto de un tema a otro no es por efecto del oportuno, sino por lo enrevesado de mi vida.

Ahmet era un hombre moreno, alto, se podría decir que guapo. Tenía los ojillos juntos, pero esos defectos no afean a los hombres ante la mirada de las mujeres. Nos conformamos con el cuerpo, el tipo y la musculatura.

Ya no es mi marido. Nos divorciamos hace ocho años.

Tenía un amante llamado Tarık, o, más exactamente, un *boyfriend*, según el término de moda, pero ahora también lo he dejado atrás, entre mis recuerdos de Estambul. Porque Maya tiene que ser libre, no debe herirla ningún lazo, ninguna relación.

La azafata me trae un oportuno de buena calidad deslizándose en silencio por entre los pasajeros dormidos. Bebo un trago y cierro los ojos. Luego yo también saco los gruesos calcetines de la bolsa azul y me los pongo. Me alivia librarme de los tacones. Sé que en los vuelos largos se me suelen hinchar los pies y me va a costar trabajo calzarme los zapatos cuando aterricemos, pero, bueno, es una molestia futura que se aguanta por la comodidad del presente.

Esta historia, que terminará cuando aterrice en Boston y llegue al Hospital General de Massachusetts y que ha cambiado radicalmente mi vida, empezó hace tres meses, un día de febrero.

Ese día me llamaron por teléfono cuando salía del edificio del rectorado y estaba subiéndome al coche. Era Tarık.

—Estoy hasta arriba de trabajo, Tarık —le dije—. ¡En la universidad no se acaba el papeleo! Hay que darle explicaciones a la prensa, preparar los discursos del rector, refutar las falsas noticias y tal y cual. Y entre tanto trabajo, ¡vete al aeropuerto a recoger a un visitante extranjero! Con lo lejos que queda y lo horrible que está el tráfico. Y encima hace mal tiempo. La lluvia me cala hasta los huesos.

De repente me quedé en silencio. Me preocupaba que pu-

diera comenzar un diálogo tenso. Podría ser que Tarik estuviera molesto, o angustiado por algo.

Pero no, por lo que se veía no había peligro de que estallara una discusión. En realidad, la situación era aún peor; por el auricular sólo me llegaban expresiones contemporizadoras, como «ah» o «vaya».

No sabía qué podía estar haciendo al otro lado de la línea. Al fin y al cabo, no lo veía, no hacía falta que se esforzara en disimular que no me estaba haciendo caso. ¡A saber dónde tendría la cabeza! Y quizá tuviera la otra mano entretenida en el teclado del ordenador.

Habría sido mejor que no me llamara. Pero yo había aprovechado para quejarme otra vez. Uf, qué pesado tener que poner punto final a la conversación de una forma medianamente agradable.

—Sabes que febrero en Estambul le revuelve las tripas a cualquiera —continué con voz suave—: Te enfrías con la lluvia que cae día y noche, te sientes constantemente mojada. Es como si todo lo que tocaras estuviera húmedo. Si no sopla un viento, sopla otro. El mar está picado, los días oscuros...

—¿Y? —dijo Tarik—. ¿Cuántas otras calamidades hay en tu vida?

Miré con rabia el teléfono.

—¡Ya te lo he dicho todo! No te preocupes, no hay nada más. Y tú, ¡en vez de ayudarme, me lo echas en cara!

Claro que no se lo había contado todo. Ni siquiera le mencioné que el dolor de vientre que había comenzado hacía tres días atrás no acababa de remitir; ni la pesadilla que había vivido hasta que conseguí encontrar una farmacia porque se me había olvidado coger tampones al venir a la universidad; etc.

Era buen muchacho, un tipo agradable, pero todavía no tenemos tanta intimidad.

—¿Quién es?

Posiblemente se sintió en la obligación de preguntar algo para no prolongar demasiado el silencio.

—¿Quién qué? —le pregunté a mi vez.

—El visitante extranjero. El que vas a recoger al aeropuerto.

Miré el papel que tenía en la mano.

–Maximilian Wagner –respondí–. Profesor doctor, por lo que pone aquí, de Harvard, el nombre es alemán, pero es americano.

–¿Para qué viene? ¿Para una conferencia?

–Bueno, tengo su biografía, pero no me la he leído entera. De todas formas, no voy a poder llegar al aeropuerto antes de por lo menos una hora, tendré tiempo de sobra por el camino.

–Muy bien. Paciencia, querida. Nos vemos luego.

–¿Para qué me habías llamado?

–Te iba a proponer que nos viéramos esta noche si no tienes nada que hacer.

Clic... Colgó. Otro igual, suspiré. ¿Me encontraré algún día un hombre que entienda no lo que digo sino lo que quiero decir? ¿Tan difícil era comprender que no me refería sólo al clima cuando decía que hacía mal tiempo? ¿Tenía que decir expresamente que estoy harta de esta vida? Alguien que comprenda que necesito apoyo cuando digo que tengo mucho trabajo... ¿Cómo no ha sido capaz de entender que dije que la lluvia me calaba hasta los huesos porque no me veía con fuerzas de decirle que me gustaría que estuviera a mi lado? ¿Qué sentido tiene un abrazo después de haber dicho a las claras «abrázame»? Tengo la sensación de estar dándome cabezazos contra la pared todo el tiempo.

Süleyman, el menudo chófer del coche negro del rector, salió a la autopista con ágiles volantazos. Gracias a Dios, habíamos superado el agobio de avanzar pasito a pasito. Por lo menos en esta carretera hay un carril de servicio a la derecha; todos los coches grandes y negros, incluido el nuestro, podían circular por ese carril prohibido y desierto.

La autopista TEM estaba llena a rebosar, con miles de coches atascados. «¡Vaya ciudad más atestada!», refunfuñé. Miraras donde mirases, todo hervía de gente. ¿Había que salir por la mañana para llegar al avión de la tarde?

De vez en cuando algún listo, envidioso de que nosotros

estuviéramos adelantándolos como un cohete, pretendía meter el morro en el carril de servicio, pero retrocedía de inmediato por temor a una multa. ¡Malditos listillos! Sí, también a mí me llevaba el chófer por este carril prohibido, pero yo no iba de paseo por gusto. De no ser por algunos privilegios, ¿cómo íbamos a vivir en una ciudad de quince millones de habitantes amontonados unos encima de otros?

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

«¿El chófer me está espiando —me dije—, o qué? ¡Aparta esa mirada bizca del espejo, muchacho! ¡Mira al frente!»

—Nada, se me ha venido algo a la cabeza.

¿Qué podía ser? Estaba pensando en lo de ir por el carril de servicio de la derecha. Posiblemente sonreí cuando le daba vueltas a si yo podría ir por ahí de no ser por el coche del rectorado.

—¿Cuánto falta?

—Estaremos en veinte minutos —contestó—. De no ser por el carril preferencial no llegaríamos ni a medianoche, vaya que no.

Mientras avanzábamos a toda velocidad, los guardias que cerraban el carril nos clavaban la mirada. Intentaban comprender si el coche que se les acercaba era el de un ciudadano normal al que debían ordenar que se parase a un lado, echarle la bronca y ponerle una multa, o bien alguien importante a quien tendrían que saludar. Luego, una vez que veían la luz azul parpadeante delante de la matrícula delantera, comprendían que éramos miembros de la república de los elegidos y nos saludaban.

—¡Ay, Dios! ¡Qué patria tan paradisiaca la nuestra! Qué fácil es todo. Mientras vayas en el coche del rector, claro.

Hmmm, iba a leer esos papeles... Catedrático de derecho, alemán, soltero... ¿Soltero? ¿Existen catedráticos solteros en estos tiempos?

«Ah, ahora sí está claro», murmuré; me había saltado lo primero que debería haber mirado en su biografía. Debajo del nombre de Maximilian Wagner estaba escrita la fecha de nacimiento: 19 de agosto de 1914. Por lo tanto, tenía ochenta y siete años. Sí que era mayor, ¿cómo se le ocurría venir por

aquí? Posiblemente fuera viudo, o divorciado. Ciertamente, en su época había menos divorcios que ahora, la gente se casaba para vivir juntos, no como hoy en día, que lo hacen para divorciarse.

Lo que me faltaba, pensé. Me iba a pasar tres días aliviando los achaques de un viejo, dándole sus medicamentos. ¡Maldito sea Maximilian Wagner! ¡No había encontrado otros días para venir a Estambul que en este nefasto febrero!

Ya me sabía de antemano todo lo que iba a preguntarme este anciano europeo. Ah, ¿cómo es que hace tanto frío en Estambul? Y yo que me había traído ropa para un clima desértico. Perdóneme, pero ¿por qué lleva la cabeza descubierta? ¿Las mujeres pueden trabajar en la universidad?

Me había acostumbrado a preguntas parecidas. Por lo general me preparaba antes del primer encuentro con un extranjero. Y a este anciano le daría la misma respuesta que a los demás, con una sonrisa artificial en el rostro: la República, le diría; las reformas, le diría; le explicaría que en Turquía las mujeres habían conseguido el derecho al voto y a ser elegidas antes que en muchos países europeos; que las mujeres constituían el cuarenta por ciento del profesorado universitario. Le aclararía, subrayando las palabras, que en este país llevábamos más de medio siglo sin fez, sin que los hombres se pudieran casar con cuatro mujeres, que los turcos no éramos árabes, que en Estambul no había ni desierto ni camellos, que a todo el mundo se le helaba el culo de frío en invierno, y un montón de cosas más.

Y por dentro le estaría echando una reprimenda. Tienes tantas fuentes de información a mano, so tonto, búscalas y léelas, ¡aprende un poco del país al que vas a visitar! ¿Acaso nosotros seguimos creyendo que Estados Unidos es un país de indios con plumas y vaqueros? Eres catedrático, ¿cómo se te ocurre venir a este país conociendo tan poco de él?

Por supuesto, le ocultaría unas cuantas verdades. Que muchas mujeres seguían sufriendo palizas a pesar de todos sus derechos legales, que los refugios de mujeres maltratadas estaban llenos a rebosar, que en el este había muchachas que eran

ejecutadas por decisión del consejo de la familia... Porque hablar de esos asuntos me hería el orgullo nacional. Y, encima, no era toda la verdad, sino sólo una parte.

Aclarar todo eso a los visitantes extranjeros que llegaban con frecuencia, ofrecerles luego el tour del Gran Bazar y la Mezquita Azul y acompañarles a comprar chaquetas de piel, té de manzana, amuletos azules contra el mal de ojo y delicias turcas, era la clave de mi trabajo. En estos tiempos en que es tan difícil encontrar empleo tenía que dar respuesta a preguntas estúpidas, hacerme la loca para esquivar los intentos de coqueteo de catedráticos viejos; que me abrazaran y me besuquearan como si fuéramos familia de toda la vida cuando los despedía en el aeropuerto, y aguantar sus discursos sobre la hospitalidad de los turcos...

¡Qué se le va a hacer! Cada trabajo tiene sus dificultades y el mío no era distinto. Si el marido del que te has divorciado no paga la pensión, si caen sobre tus hombros toda la responsabilidad y los gastos del colegio de tu hijo de catorce años, por supuesto que no puedes darte el lujo de comportarte como una estrella de Hollywood con familia numerosa.

Sales de casa de madrugada, te subes al atestado minibús para llegar a tu maldito lugar de trabajo, regresas por la tarde por el mismo camino hecha fosfatina, le llenas la barriga a ese hijo tuyo que cree que el sentido de la vida es jugar con la PlayStation y sigues en pie a duras penas repitiendo cada día lo mismo como una Sísifo mujer que ha llegado al mundo demasiado tarde.

Para cuando llega el fin de semana tienes unas ojeras oscurísimas. Quieres pasar un buen rato con un par de amigas y te tomas un respiro en uno de esos gigantescos centros comerciales que son los nuevos templos de Estambul.

Te sienta muy bien ver una comedia romántica de Hollywood y luego tomarte un par de copas de vino en cualquier *bistrot* sin perder esa sensación agradable que se va extendiendo por tu interior. Miras a tu alrededor y ves que en la mayoría de las mesas hay grupos de chicas. Piensas en cuándo se separaron tanto hombres y mujeres. Las chicas, después de

enumerar las virtudes de vivir solas y ser independientes, no paran de hablar de hombres.

Siempre son las mismas frases: que las mujeres se han librado de su esclavitud secular y han empezado a levantarse sobre sus propios pies y por eso lo que llamamos matrimonio ha naufragado, que ahora las mujeres están mejor preparadas, que son superiores, que eso pone nerviosos en grado sumo a los hombres, que dentro de doscientos años ya no existirán los varones, que las mujeres podrán reproducirse por mitosis sin su ayuda, y demás.

De vez en cuando yo también participo en estas conversaciones de las mujeres de mi entorno. Digo que esa es la tragedia del mundo contemporáneo para la mujer moderna. Y que seguirá siendo así mientras los hombres elijan a la mujer con la que quieren casarse y no sean las mujeres quienes elijan a los hombres. Cuando lleguen esos días felices, las mujeres comprarán un anillo y les propondrán matrimonio a los hombres y enviarán a sus padres a la casa de él para que pidan su mano. Las familias no ganarán una hija, sino un hijo. Pero probablemente Turquía será el último país al que llegue esta nueva tradición porque, por mucho que se empoderen las mujeres, sigue siendo un país «masculino».

Yo diferencio los países entre femeninos y masculinos. Por ejemplo, los países escandinavos, Francia o Italia son femeninos; Alemania, España o Estados Unidos son masculinos.

El hombre de pelo cano que está delante de mí no para de dar saltitos en el asiento, que ha convertido en cama. No me molesta, pero salta a la vista que es un tipo bastante inquieto. La pareja joven que se sienta a mi altura a la izquierda del pasillo se besa sin cesar. Como en la clase *business* los asientos se reclinan del todo parece que estuvieran en su dormitorio. Se han puesto una manta por encima y estoy tan segura como de llamarme Maya de que por debajo se están toqueteando. Como decía Schopenhauer, la Naturaleza se empeña en engañarles para que se perpetúe la especie. Eso que llamamos amor, ¿de

verdad es sólo un engaño que tiene como finalidad engendrar hijos?

Mientras íbamos al aeropuerto a recibir al catedrático, Süleyman el chófer me espiaba de vez en cuando por el retrovisor. Yo intentaba que mi mirada no se cruzara con la suya. Estaba convencida de que hasta este imbécil me miraba con ojos de «divorciada». Todos los hombres son así. Si una mujer se ha casado y luego se ha divorciado seguro que está buscando «un hombre», ¡seguro que necesita «un hombre»! A saber lo que se le pasaba por la imaginación. Apoyé la cabeza en la ventanilla y me quedé un rato contemplando la lluvia.

Por fin llegamos al aeropuerto Atatürk y conseguimos atravesar la barrera policial de la entrada. Aquí también funcionó el efecto de coche negro grande y oficial; aparcamos justo delante de la puerta de salida, en la zona prohibida para los demás coches. La verdad es que es un Mercedes muy viejo. Destartalado. Herencia de a saber qué rector. Quizá ya se haya muerto, pero el viejo Mercedes sigue cumpliendo su función, aunque sea entre resoplidos y con frecuentes visitas al mecánico.

Desde luego que no me sorprendió lo más mínimo que el aeropuerto estuviera lleno hasta la bandera. De hecho, en este país todo está siempre atestado. Las carreteras, las paradas de autobús, los centros comerciales, los cines, los restaurantes, las plazas... Atestado y ruidoso. En toda la inmensa ciudad no encuentras un rincón en el que estar a solas dos minutos y poder relajarte en silencio. Por ejemplo, atravesamos por entre el bullicio de la plaza de Eminönü, con los echadores de la fortuna con sus conejos, los de los casetes de arabesco atronando, los vendedores ambulantes con sus carritos anunciando a voces sus roscas de pan, sus pepinos pelados, sus kiwis, los encantadores de serpientes, los que te venden relojes falsos, los niños que muestran pájaros en sus jaulas para que les compres la libertad a grito de «¡Pajarito liberado, espérame a las puertas del cielo!»; en suma, pasamos por entre una multitud compacta, sudorosa y escandalosa con la intención de encontrar en

las orillas del Bósforo rincones recónditos y silenciosos en los que descansar.

Me entretenía pensando en todo aquello delante de la puerta de salida de los viajeros. Por otro lado, tenía un ojo en el gigantesco panel luminoso que había encima. Sí, el avión de Frankfurt había aterrizado. O sea, que nuestro hombre saldría en cualquier momento. Levanté la cartulina en la que había escrito «profesor Maximilian Wagner» y me dispuse a esperar. Los viajeros empezaron a salir en grupos. Turcos emigrados a Alemania, algunos grupos de turistas, una niña rubia de unos diez años a la que acompañaba una azafata...

Entonces lo vi. Un hombre alto, con abrigo negro y sombrero y unos ojos azulísimos que llamaban la atención. En la mano derecha llevaba un estuche de violín y en la otra una maleta mediana. Estudiaba con la mirada a la multitud que recibía a los recién llegados en la puerta de salida. En cuanto vio la cartulina se me acercó sonriente. Cuando llegó a la barra que separa a los viajeros de quienes los esperan, dejó la maleta en el suelo, se quitó el sombrero y, ofreciéndome la mano, me dijo en inglés: «Buenas tardes. Soy Maximilian Wagner».

Entonces me di cuenta de que aquel hombre que tenía delante me resultaba muy atractivo. Tenía un aspecto estupendo, con una cabeza bien formada de pelo cano, una nariz pequeña y unas profundas arrugas que le sentaban muy bien. Y me sorprendió aún más ver por primera vez a un hombre que se quitaba el sombrero ante mí.

–Bienvenido, profesor. Me llamo Maya Duran.

Caminamos hasta el extremo de la barra y allí nos reunimos por fin.

–Tenemos el coche justo delante de la puerta, profesor.

Nos pusimos en marcha. Aunque lo pensé, no me ofrecí a llevarle la maleta porque me daba reparo que, en lugar de una joven que ayuda a un señor mayor, lo interpretara como la idea tradicional de servidumbre anclada en las entrañas de una mujer musulmana que se siente una esclava. Además, a pesar de su edad se le veía bastante vigoroso y fuerte. Caminaba muy erguido.

Menos mal que el despierto de Süleyman estaba justo allí.

Sonrió enseñando todos los dientes, dijo «*Welcooome, welcooome*» alargando la palabra con su acento turco y le cogió la maleta al profesor.

Cuando salimos al exterior vi que el profesor volvía a ponerse el sombrero y se enrollaba al cuello una bufanda de cachemira gris.

–No me pongo enfermo con facilidad, pero... –dijo sonriendo–. En esta época hace bastante frío en Estambul.

–Ha venido usted bien preparado –dije yo–. Muchos de nuestros visitantes llegan con ropa ligera por aquello de que vienen a un país de Oriente Medio.

Se echó a reír.

–Pero yo conozco Estambul. He sufrido mucho este frío.

No estoy segura de si me lo parece ahora, mientras escribo estas líneas en el cómodo asiento del avión, o si bien lo noté aquel día: recuerdo una expresión triste en ese rostro sonriente.

–¡Oh! *Old man, old car* –exclamó el profesor cuando Süleyman le abrió la portezuela del Mercedes negro.

Nos reímos, aunque la tristeza que se distinguía en su cara cuando hablamos de Estambul aún no había desaparecido.

No soy una persona abiertamente amistosa. Incluso hay muchos que me encuentran fría, pero por alguna extraña razón sentí simpatía por él desde el primer momento.

Por el camino el profesor iba observando los alrededores con una mirada cansada y triste. Me daba cuenta de que su presencia llenaba el coche y me impresionaba de manera extraña. Me provocaba una curiosa simpatía mezclada con respeto. No sé cuál de ellas prevalecía, pero estaba claro que era alguien muy interesante que no se parecía en absoluto a visitantes anteriores.

–¿En qué años estuvo en Estambul? –le pregunté.

–De 1939 a 1942.

–Vaya, hace bastante. La notaré cambiada.

–Sí –contestó–. Entonces no había tantos coches ni habían edificado tanto. Tampoco existían estas carreteras.

Luego se encerró en el silencio. Yo también me callé. Süleyman nos echaba miradas de curiosidad por el retrovisor, incapaz de darle sentido a aquel mutismo.

El camino de regreso también estaba bastante atascado, así que otra vez íbamos a toda velocidad por el carril de servicio.

—¿Puede bajar un poco la calefacción, por favor?

Hasta que hube oído las palabras del profesor no me había dado cuenta del calor que hacía en el coche. Süleyman lo había convertido en unos baños turcos. Le dije que bajara la calefacción. Ayudé al profesor a quitarse la bufanda gris y el abrigo negro. Llevaba una camisa blanca de cuello de picos largos y una chaqueta de pana marrón con coderas. No parecía en absoluto alguien que había volado desde Estados Unidos.

—¿Tiene *jet lag*, Mr. Wagner?

Tan pronto como lo dije, pensé «¡Menuda tontería!». A alguien de su edad por supuesto le afectaría el *jet lag*, y estaría cansado.

—No todavía —contestó—, pero esta tarde lo sentiré, seguro.

—No tiene nada programado para esta tarde. Lo llevamos directamente al hotel. Puede descansar hasta mañana por la mañana.

—¿En qué hotel voy a quedarme?

—En el Pera Palace.

Por su cara se extendió una sonrisa apenas perceptible.

—Me alegra oírlo.

—¿Por qué?

—Porque conozco el hotel. Ya me he hospedado antes ahí.

—Es de 1895. Allí escribió una novela Agatha Christie.

—Es una suerte que todavía no lo hayan derribado. He leído que han tirado muchos edificios antiguos en Estambul.

—El Pera Palace es de los que se han salvado. ¿No ha vuelto nunca desde que se fue, profesor?

—No.

—O sea... —hice un cálculo mental—, hace cincuenta y nueve años.

El profesor no replicó. El silencio que se había desplomado sobre el coche me incomodaba. Más por curiosidad que por oír una voz, le pregunté:

—¿En qué barrio vivía por aquel entonces?

–En Beyazit. Alquilé un piso por allí para estar cerca de la universidad.

–¿Aprendió turco?

Sonrió y me respondió en turco:

–Un poco. –Y luego añadió–: Muy poco. –Guardó silencio un rato antes de continuar en inglés–: Lo aprendí en los años en que impartía clases aquí, lo hablaba peor que mejor, pero se me ha olvidado por completo. Después de irme de Estambul no lo he hablado con nadie.

–Ahora se le refrescará la memoria. Empezará a recordar la lengua poco a poco.

Se le ensombreció el rostro y volvió a sumirse en el silencio. No habrá sido porque le moleste la idea de recordar la lengua, pensé. Sin duda, las sombras de su cara se debían a algo relacionado con sus experiencias aquí, o con lo que le había dicho sobre refrescar la memoria. Al menos así lo interpretaba, pero no tenía sentido insistir en ello.

Según nos acercábamos a la ciudad, el tráfico de la tarde se iba haciendo más intenso. Un bosque de automóviles, una locura... Pensaba en cómo podría volver a casa después de dejarlo en el hotel. Los días de lluvia no había quien encontrara taxi. Los conductores pisaban el acelerador y desaparecían como si se vengaran de los que en días normales no requerían su servicio. Te dejaban atrás agitando el brazo en vano. Y si tomaba el minibús tardaría por lo menos una hora. Uf, existía la posibilidad de residir en algún lugar cerca de la universidad, pero esos barrios no estaban como para vivir.

Empecé a pensar que Kerem habría vuelto del colegio hacía rato y estaría delante del ordenador. Tendría que prepararle la cena. ¿Habría algo ya listo en la nevera? Y si lo hubiera, ¿qué? De cualquier forma, no se iba a sentar a la mesa del comedor y tendría que llevarle yo la comida. Engulliría todo lo que hubiera en el plato sin mirarme a la cara ni tampoco la comida, con la sensación de que si apartaba los ojos de la pantalla se produciría un gran desastre. El teclado del ordenador se había convertido en una prolongación de su mano. Sólo se alejaba de él por la noche, para dormir.

¿Qué diría Süleyman si le pidiese que me dejara en casa? No hacía nada sin pedir algo a cambio. Veía el mundo pensando sólo en qué partido podía sacar de él. No era inteligente sino astuto, como tantos de su calaña.

Da la impresión de que la inteligencia y la astucia son inversamente proporcionales. Si una es reducida la otra aumenta en compensación. Había algo de astuto incluso en su forma magistral de conducir, en cómo asustaba y espantaba con el claxon a los que de vez en cuando se metían por el carril de servicio.

Sumida en estos pensamientos, me di cuenta de que había un coche pegado a nosotros. Era un Renault civil de color blanco, pero por alguna razón los policías no lo paraban, aun cuando iba por el carril prohibido. O creían que era nuestra escolta, o se trataba de algo completamente distinto. Los demás conductores, que llevaban horas en la carretera atascada, nos miraban irritados.

—¿Es así el tráfico también en Boston, profesor?

Salió de su ensimismamiento y dijo con voz dulce:

—No. Y mejor así porque allí los académicos no tienen estos privilegios.

—Supongo que en Nueva York sí que será así.

—Sí. El tráfico allí es a veces intenso, pero no creo que llegue a tanto. No entiendo de dónde ha salido tanto coche. En mis tiempos apenas se veía algún coche aislado por las calles. Todo el mundo iba en tranvía o en transbordador.

—Tampoco existían los puentes, claro.

—¿El puente de Gálata? Sí que existía.

—No, me refiero a los puentes del Bósforo. Dos puentes que unen Europa con el continente asiático.

—Ah, sí, por supuesto que he oído hablar de ellos. Por entonces se cruzaba al otro lado en vapor o en barca.

De repente no pude contener la curiosidad y le pregunté:

—¿Es usted alemán, americano pero alemán de origen?

Puso cara larga y sentí que se distanciaba de mí. Murmuró algo que no pude entender.

—Discúlpeme —dije—. Es usted profesor en Estados Unidos, pero tiene nombre alemán. Era simplemente por curiosidad.

–¡No tiene importancia! –Y se explicó–: No ha sido imper-
tinente en absoluto. Es algo particular relacionado conmigo.
Reacciono negativamente a las preguntas sobre la pertenencia
a un lugar y sobre la identidad. Sí, soy alemán, pero...

–No hace falta que se explique, profesor, no tiene que dar-
me explicaciones. No pretendía agobiarlo nada más llegar. Me
disculpo de nuevo.

Sonrió comprensivo.

–Yo tampoco quiero que usted se lleve un disgusto cuando
acabamos de conocernos por una pregunta tan simple. No haga
caso de estas actitudes mías tan extrañas. Sí, soy alemán, de
Baviera, pero vivo en Estados Unidos desde 1942. Luego ad-
quirí la nacionalidad. Desde 1939 no he regresado a Alemania.

–O sea, que su madre patria es Alemania.

–Los alemanes no la llaman «madre» sino «padre», pero yo
prefiero no usar nunca esa palabra.

Se había vuelto ligeramente hacia la ventanilla e intuí que se
había puesto nervioso y que quería dar la conversación por
terminada. Era difícil comprender qué le había molestado.
Empecé a pensar que era un hombre lleno de secretos.

Salimos de la autopista y nos dirigimos hacia Beyoğlu. El
coche que nos seguía debía de ir en la misma dirección porque
no se separó de nosotros. Como me gusta mucho fantasear,
hasta el punto de que soy de esas personas que sólo pueden
soportar esta dura vida gracias a su imaginación, enseguida
me organicé una trama en la mente. ¿Por qué no iba a ser este
hombre un gran espía? ¡Y el coche que nos seguía pertenecería
a algún servicio de inteligencia! Nos arrinconarían en algún
sitio, los agentes saltarían del coche pistola en mano y raptar-
ían al profesor, y a mí me atarían de pies y manos y me arro-
jarían a una mazmorra... Sería una aventura bien loca. Pero el
maldito Süleyman encontraría alguna manera de salvarse, cla-
ro. O quizá estuviera con ellos desde el principio.

Era una costumbre que había adquirido en mis años de es-
tudiante en la Facultad de Letras y en los siguientes, en que me
interesé intensamente por la literatura: fantasear y percibir la
vida en forma de historias.

Pero en los años posteriores me alejé un poco de aquella costumbre. Desde que leí unos cuantos libros sobre técnicas de escritura con el objetivo de escribir una novela. ¿Se habría enfriado mi gusto por la literatura al verla de una forma tan técnica?

Quizá no fuera una razón tan misteriosa la que me había alejado de la literatura. Las obligaciones de la vida me habían impedido convertirme en escritora, así de sencillo. La frase «¡Si quieres, puedes!» que anuncian a gritos esos libros de «autoayuda» que chorrean una superficialidad descafeinada, no es más que un engaño. Una sólo puede querer lo que es capaz de hacer. El concepto de «querer» es algo totalmente distinto a «desear» o «imaginar». Es algo que tiene que ver con asumir un precio y hacer lo que haga falta.

Sí, en los últimos años yo ya no quería escribir una novela porque no tenía fuerzas para escribir. Las condiciones no eran las adecuadas. Pero por lo menos me había quedado esa costumbre de imaginar e inventarme historias. Eso tampoco estaba mal, la verdad. Era divertido.

—Por su sonrisa veo que no se ha enfadado conmigo.

La voz del profesor me hizo volver en mí y me di cuenta de que realmente estaba sonriendo.

—¡Cómo me voy a enfadar con usted, maestro!

En cuanto lo dije me mordí los labios avergonzada. Porque, con la costumbre, me había dirigido a él en turco como «maestro». Como llamamos así a todos los docentes, la palabra nos sale de la boca cientos de veces al día.

Ahora fue Wagner quien sonrió.

—¡Sí, sí! —dijo con entusiasmo—, «¡Maestro, maestro!». Cuando estaba en Estambul todo el mundo me llamaba «maestro». Llevaba más de medio siglo sin oír esa palabra. Muchas gracias. Ahora sí que asumo que estoy en Estambul.

Cuando llegamos al histórico hotel Pera Palace, el hielo que había entre nosotros se había derretido. El hotel, que queda en una calle estrecha, parecía un mundo de ensueño a la luz de las farolas que relucían en la lluvia, con su marquesina de cristal y hierro forjado.

Por algún motivo, me hace bien pensar ahora en el Pera Palace. En el avión sumido en la oscuridad a ocho mil metros de altura, noto que la luz de la pantalla de mi ordenador portátil se refleja en mi cara. En mi opinión, el hotel, que se construyó para los pasajeros aristocráticos del Orient Express y celebró su baile de apertura en 1895, sigue siendo el edificio con más personalidad de Estambul.

Mientras nosotros nos metíamos a toda prisa en el vestíbulo del Pera Palace huyendo de la lluvia, Süleyman entregaba a los botones el equipaje del profesor. Pero Wagner llevaba él mismo su violín. No se separaba del instrumento.

Después de cruzar las puertas giratorias, me volví a mirar a Süleyman, que se había quedado atrás, y vi que el Renault blanco que nos seguía aparcaba junto a él. Era demasiado para ser una coincidencia. ¿Le habrían puesto las autoridades protección al profesor? ¿Tan importante era? O quizá realmente fuera una casualidad. El nuestro no era el único coche que iría del aeropuerto al Pera Palace.

Desde el instante en que entramos, la tristeza se acrecentó en la cara de Wagner. Sus azules ojos estaban ensimismados. Me dio la impresión de que palidecía, pero puede que fuera por la luz de la gigantesca lámpara que teníamos encima.

—Siéntese un poco, voy a hacer los trámites en recepción —le dije mientras lo conducía a uno de los antiguos pero bellísimos sillones del vestíbulo—. ¿Me da su pasaporte? Por cierto, ¿quiere un café o una copa de algo?

—Cuando termine lo que tiene que hacer, ¿nos tomamos un whisky juntos?

La pregunta me pilló por sorpresa.

—Por supuesto —le respondí. No obstante, me sentía inquieta porque llegaría tarde a casa, por la cena de Kerem y demás.

Mustafa Bey, el recepcionista, me dijo:

—Otra vez tiene un visitante, ¿eh?

—Sí, qué le voy a hacer, es mi trabajo. Es mayor y está cansado, si pudiera darle una habitación tranquila...

–No se preocupe.

–Gracias.

De camino al encuentro con Wagner, le pedí a un camarero que nos trajera un JB doble y un oporto blanco.

–Traiga también hielo y agua para el JB. Y unos frutos secos.

Pero cuando llegué junto al profesor vi que se había quedado dormido en el sillón. Con la cabeza apoyada en una de las orejas, respiraba profundamente y con regularidad. Tenía una expresión de inocencia.

En realidad, aquello me venía bien. Quise aprovechar la oportunidad y marcharme lo antes posible a casa. Anulé el pedido y les dije a los camareros que no lo molestaran.

–Cuando se despierte, acompáñelo a su habitación.

Luego le escribí una breve nota en una de las hojas que tenían en recepción con el adornado membrete del Pera Palace.

Maestro: Estaba profundamente dormido y no quise molestarlo. Yo me voy, mañana a las once vendré a buscarlo.

Salí del hotel y me encaminé hacia Süleyman poniendo cuidado en parecer sonriente. Incluso le toqué ligeramente el brazo con dulzura antes de decir nada.

–Hoy nos hemos retrasado mucho –comenté.

Me incliné un poco hacia él, con la intención de que al acercar mi cara a la suya mi voz le pareciera más íntima:

–Kerem está esperando la cena. ¿Sería mucha molestia... si me llevas a casa?

¡Ay, Dios! Ahora, al escribirlo, siento un poco de vergüenza. ¿Cómo «si me llevas a casa»? Vaya forma de hablar que escogí para caerle en gracia. Por supuesto, mis palabras no tenían otro significado aparte de lo que dije. Mientras redacto estas líneas me digo que no estaría mintiendo si transcribiera algunas frases de forma distinta a como las recuerdo; o sea, si escijo palabras más adecuadas para lo que pretendía decir. Pero, en fin, estoy escribiendo sin preocuparme por nada, sin que

me dé miedo que me malinterpreten, tal y como me sale de dentro.

Al fin y al cabo, no soy escritora: el valor de lo que escribo sólo puede medirse por su sinceridad. De hecho, no sientes que la autocensura sea necesaria volando por el cielo, en el interior de un aparato oscuro en el que todos los que te rodean duermen.

Süleyman se lo pensó un poco. Probablemente estaba intentando calcular qué provecho podría sacar de aquello.

–Vamos, sube –dijo poniéndose en marcha enseguida–. Te llevo.

Mientras me montaba en el coche la mirada se me quedó clavada en el Renault blanco. En su interior había tres hombres; el que estaba al volante fumaba sonriente. Al parecer nos vigilaban. ¿O sólo era una impresión mía?

«No, hija, ¿por qué nos van a estar espionando?», pensé. Muy bien, ¡pero eso era precisamente lo que hacían! Sí, la situación se iba tornando cada vez más extraña. Si esperaban a alguien que se hospedaba en el hotel, ¿por qué no se bajaban del coche? Probablemente eran guardaespaldas. La embajada americana, o bien las autoridades turcas, habían decidido poner protección al profesor. Así que era un hombre de ciencia importante. Pero, al fin y al cabo, era catedrático de derecho, no de física nuclear ni nada parecido...

Eché un vistazo por la luneta trasera y vi que aquellos desagradables tipos me estaban mirando de mala manera sin apartar los ojos. ¿Quiénes eran esos hombres tan extraños?

Entretanto Süleyman giraba sin cesar la llave de contacto y el coche gruñía un poco y luego se callaba. Las sacudidas y toses del motor hacían temblar el coche entero. Estaba claro que Süleyman, al mismo tiempo que giraba la llave con rabia, pisaba el acelerador con fuerza. Por fin apartó la mano del contacto con un gesto que evidenciaba que dejaba de intentarlo y me miró por encima del hombro.

–Disculpa, pero se ha ahogado.

Lo miré con suspicacia. El Mercedes era viejo de verdad y

tenía ese tipo de averías a cada rato, pero ¿no sería una excusa de Süleyman para no llevarme a casa? Era imposible saberlo.

«Muy bien», dije, y de repente me encontré en plena calle sin saber qué hacer. Así que entré de nuevo al hotel, para librarme de aquella sensación. Al echar la vista atrás, pensé por qué no habría tomado uno de aquellos taxis que relucían amarillísimos con la lluvia.

El portero de uniforme que me recibió en la entrada me miraba sorprendido mientras cerraba el paraguas. En cuanto al profesor, seguía sumido en su sueño inocente. Era como si su piel blanca se hubiera blanqueado todavía más. Dormía con la boca entreabierta, como un niño indefenso. Su pelo cano tan bien peinado brillaba con un reflejo azulado. Le toqué ligeramente el brazo y lo llamé con voz suave:

–Profesor, profesor.

Abrió despacio los ojos y primero miró a su alrededor, desconcertado. Es posible que tratara de entender dónde estaba. Luego, cuando esa expresión interrogante empezó a disiparse, dirigió su mirada hacia mí.

–Lo siento –susurró–. Me he quedado dormido. Lo siento.

–No tiene de qué disculparse –respondí sonriente–. Lleva encima catorce horas de viaje y le han cambiado el día y la noche, es normal.

Me callé un momento como si esperara a que se diera un respiro y luego continué:

–Su habitación está lista. Vamos, le acompaño.

Le cogí del brazo y levanté del sillón su cuerpo ligero. Tomamos el «aristocrático» ascensor de madera y hierro, que en su época había sido el más famoso de Europa, y subimos al tercer piso. Con nosotros venía también un botones. Cuando abrió la puerta con la enorme llave de metal me asaltó a la nariz un olor a moho. El olor a antiguo de un edificio antiguo. *Old man, old hotel!*

Como a cualquier lector turco, se me vino a la cabeza inevitablemente el misterio de Agatha Christie. En este hotel escribió *Asesinato en el Orient Express*, pero desapareció durante once días. Nadie pudo averiguar dónde se había metido. Con

posterioridad encontraron una llave de hierro muy grande debajo del entarimado de la habitación.

Yo creo que lo de Agatha Christie fue una escapada amorosa como la de cualquier mujer, que no había misterio alguno, pero cuando el tema es Estambul, el Orient Express, el Pera Palace y Agatha Christie, la imaginación de la gente se pone en movimiento.

Mientras el botones dejaba la maleta, el profesor colocó el violín sobre la antigua consola de caoba. Le ayudé a quitarse el abrigo y le dije:

–Yo me voy, maestro. Mañana tiene un almuerzo con el rector, vendré a recogerlo a las once.

–Y pensar que íbamos a tomarnos una copa... –protestó–. He perdido la oportunidad por haberme quedado dormido, pero quizá pueda invitarla a cenar mañana...

–Me gustaría mucho, profesor, pero mi hijo me espera en casa.

Asintió con un gesto comprensivo.

Al bajar vi que el Mercedes seguía allí esperando.

–Al final esta chatarra ha funcionado–dijo Süleyman con una amplia sonrisa de lobo–. Vamos, sube. Te llevo.

Cuando nos pusimos en marcha bajo la lluvia me acordé de repente y me volví a mirar atrás por el cristal. El Renault blanco ya no estaba. «Bien –pensé–. Se han marchado.» Noté una sensación de alivio en el pecho. Me dejé llevar por el dulce balanceo del coche, ¡qué gusto descansar la mente hasta llegar a casa!

Me estaba acomodando en el asiento cuando me asaltó una sospecha. ¿Realmente se habría ido el Renault? ¿Y si seguían por allí? Quizá incluso hubieran entrado en el hotel. ¡Ojalá no estuvieran pensando en hacerle algo malo al profesor! ¿Y si lo secuestraban esa noche y no lo encontraba al día siguiente cuando fuera a buscarlo? Luego se me ocurrió otra cosa. ¡Que estuvieran siguiéndonos! Me dio un escalofrío.

«No digas tonterías, Maya –pensé para mí–. Si te dejas llevar por tus fantasías te vas a volver loca. Déjalo de una vez.»

No obstante, no pude impedir mirar atrás de vez en cuando

mientras Süleyman conducía el enorme automóvil hacia Tak-sim por el bulevar Tarlaabaşı. Había un montón de Renault blancos, pero no se veía a aquellos tipos. Me sorprendió que hubiera tantos Renault blancos. No podían haberse multiplicado en un día, pero me pareció curioso no haber notado antes que hubiera tal cantidad. Por lo tanto, era una cuestión de percepción.

Si se diera el caso de que estuviera buscando coches de otro color y otra marca, también vería que había más de lo que suponía. Ese debía de ser el motivo por el que se veían tantos coches de lujo por la carretera y tantos ricachones en el país. O bien que se notara tanto lo extendidas que estaban la pobreza y la miseria.

De la misma manera, tendría que aceptar que, si pensaba en lo vulgares y repulsivos que resultaban a veces la mayoría de los hombres, dicha opinión se originaba en mi perspectiva y no en la realidad. O bien cuando encontraba a un hombre guapo y de confianza... No, mujer, ¿qué tenía que ver con mi punto de vista que alguien me pareciera guapo? ¿No iba a verlo de forma distinta dependiendo de mis cambios de humor! ¿O sí? O sea, ¿que uno de los factores era mi estado de ánimo en ese momento? Entonces, ¿hasta qué punto se podía confiar en las propias ideas? ¿Era la realidad de la vida la que determinaba mis pensamientos o era mi estado de ánimo? Pero ¿no estaban relacionadas ambas cosas, de hecho?

Entonces, ¿primero es el pensamiento o la percepción? O bien, ¿había otro tipo de relación entre pensamiento y percepción? Una relación que fuera más allá de lo que viene primero y lo que viene después.

Bueno, y ya que le daba tantas vueltas a asuntos de este tipo, ¿por qué no los analizaba como era debido y leía unos libros sobre el tema? ¿Era esa costumbre mía una consecuencia del entorno académico en el que vivía? Me bastaba con que alguien respondiera a las preguntas por las que sentía tanta curiosidad. Hacerse con información se había convertido en un objetivo. Preguntar, perseguir preguntas y respuestas, no temer que las preguntas se multiplicaran...

¿Estaba siendo injusta conmigo misma? La gente de mi entorno aceptaba que me gustara leer e investigar. De no ser así, ¿por qué llevaba un rato agotándome la mente con un montón de preguntas?

¿O todo esto en lugar de cansarme la mente me servía para descansar? No pensar en el Renault blanco que nos había seguido hasta el Pera Palace, dirigir mi pensamiento hacia otros temas...

¡Ah, ya habíamos llegado! Con esa lluvia y ese tráfico debíamos haber tardado al menos una hora. Bien, bien, el día de hoy también había terminado. Nada de pensar hasta mañana, ni en el Renault blanco, ni en el profesor, ni en la universidad, ni en el trabajo...

Me incorporé en el asiento de atrás en el que tan cómodamente me había arrellanado. Con una sensación de letargo le di las gracias a Süleyman y bajé del coche. Ni siquiera la lluvia me molestó. Al entrar en el edificio miré la hora. ¡Eran más de las nueve! Kerem estaría preocupado por mí, pensé. No, ni hablar, ¡qué se iba a preocupar! Seguro que no se había dado ni cuenta de mi ausencia. Ahora tomaría el ascensor hasta el cuarto piso, abriría con mi llave la puerta del número 9 y mientras me quitaba la gabardina y los zapatos empapados, vería que el piso estaba a oscuras a excepción de la luz que saldría del cuarto de Kerem. Oiría el apagado rumor de los televisores de los vecinos, que las delgadas puertas no lograban atenuar, un par de risas de mujer y llantos de niño. El confuso olor a comida que impregnaba el patio de luces me llenaría la nariz. Al entrar en el salón, encendería las luces, me dirigiría al cuarto de Kerem y me lo encontraría con el cuerpo delgado inclinado hacia el ordenador, echando chepa.

–Hola, ¿cómo estás, hijo? –le diría.

Murmuraría «¡Bien!» o algo parecido sin mirarme.

Iría a la cocina, me encontraría media pizza en la nevera, resto de ayer, la calentaría y se la llevaría a su habitación con una lata de cola y la dejaría en su mesa; él alargaría la mano y cogería la pizza sin apartar la mirada del ordenador y yo me iría al baño, me metería bajo el chorro de agua caliente y pen-

saría en los acontecimientos del día. Luego me envolvería en mi albornoz blanco de Denizli e iría a la cocina con el pelo mojado, me prepararía un sándwich de queso y me sentaría en el salón ante el televisor. Trataría de comerme el bocadillo mirando las noticias políticas y de la crisis económica, líderes que se insultaban unos a otros, cantantes dando saltitos, y los detalles de los crímenes cometidos durante el día. Antes de dormirme peinaría los canales de cine en busca de alguna película, me llamaría la atención alguna de esos festivales tan de moda en los últimos años. Un hombre llegaría a una casa y saludaría: «Hola», y una mujer le contestaría cuatro minutos más tarde: «Bienvenido», y así, una vez más, recibiría mensajes de soledad y falta de comunicación en este país en que no se puede ni respirar de la cantidad de gente que hay.

Después, aún a sabiendas de que no me escucharía, diría «¡Kerem, acuéstate ya!», y sería yo quien se tumbara en la cama. Pensaría en otras vidas, en otros mundos mientras se me secaba el pelo envuelto en una toalla. Y desde el momento en que apoyara la cabeza en la almohada y cerrara los ojos, no sería Maya, sino alguien completamente distinto. A veces una muchacha enamorada, a veces una activista política, a veces una aventurera... Podría ser cualquiera de ellas u otra cosa, pero seguro que me despojaría de mi identidad de Maya.

Repetiría para mí el poema de Emily Dickinson «Hay otro cielo», algo que hago cada día desde los años en que estudiaba en la Facultad de Letras y que por las noches me prepara para el sueño como si fuera una oración. Anhelando otro cielo, por supuesto.

Una vez que llegué ante mi edificio y me bajé del coche, todo ocurrió tal y como me había imaginado y me metí en la cama con el pelo envuelto en una toalla. Pero esa noche, justo antes de quedarme dormida, me di cuenta de que la presencia del profesor me había afectado de una forma sorprendente y de que estaba impaciente por verlo al día siguiente. Estaba claro que no era una variación menor sobre lo habitual.

Cuando me desperté angustiada unas horas más tarde, tenía en la mente un pensamiento distinto: ¿Qué iba a hacer con

este niño? ¿Lo estaba educando mal o todos los niños eran así? Hacía poco había leído en un periódico que existían unos programas que apagaban automáticamente el ordenador porque los adolescentes eran incapaces de hacerlo por sí mismos. ¿Y si compraba uno? Kerem no hablaba conmigo. No sólo conmigo, no hablaba con nadie. Había empezado a comunicarse sólo por internet.

El psicólogo al que había consentido ir a duras penas después de que lo engatusara describió su estado como «Temor a la vida». «Se sorprendería si supiera cuántos hay como él –dijo–. El mundo es ahora un lugar muy hosco y duro. Especialmente en las grandes ciudades. Los colegios son nidos de violencia. Algunos adolescentes sensibles e inteligentes se encierran completamente en sí mismos y sólo se comunican online ante el miedo de que les hagan daño.»

Abrí los ojos, tumbada boca arriba. Tenía que confesar que hacía unos días, uno de los raros domingos en que Kerem salía con su padre, había encendido su ordenador. Quería ver qué le interesaba tanto y me encontré un mundo que daba pavor. Me quedé pasmada de la cantidad de películas porno que se le ofrecían a un muchacho en la adolescencia. En todas ellas las mujeres eran terriblemente humilladas, maltrataban sus cuerpos para satisfacer al hombre.

Las pobres chicas se mostraban de todas las formas y maneras. Y los hombres de las películas no se privaban de hacerles daño, de hacerlas sufrir hasta que se les saltaban las lágrimas, de hacerlas vomitar y sangrar, de apretarles el cuello hasta asfixiarlas. Les embutían bolas en la boca, las encadenaban, las ataban como paquetes, las azotaban, las obligaban a hacerlo con caballos, perros, monos, serpientes... Incluso había películas en las que un montón de hombretones violaban a una niña. Aquello no era una opción personal, por supuesto, pero por lo visto era lo que quería el «mercado». Al parecer en las películas porno se materializaba todo lo repugnante y perjudicial que podía llegar a ser dicho «mercado».

En aquellos actos no había lugar para el afecto, para las caricias, para la ternura. Era un entorno totalmente ajeno a los

principios más básicos de la humanidad. ¿Mi hijo crece conociendo el mundo y a las mujeres a través de esto?, pensé. ¿Planeaba comportarse así con las muchachas? ¿No me tenía el más mínimo respeto porque su madre pertenecía a la misma categoría que esas pobres humilladas? Era un mundo enfermo. ¿Acabarían matando y descuartizando a aquellas chicas porque el espectador, como un adicto a las drogas, siempre pedía más?

Luego entré en varios sitios en los que mi hijo se había dado de alta. No los pude examinar en detalle porque se necesitaba la contraseña, pero me di cuenta horrorizada de que en ellos había de todo, desde los que enseñaban métodos fáciles de suicidio para jóvenes, hasta cómo montar una bomba. Se burlaban de todo eso que llamamos «valores» y dibujaban un modelo de mundo nihilista y vacío que no valía la pena vivir.

En cuanto apagué el ordenador sufrí una pequeña crisis. Así que ese era el mundo de internet al que se conectaba mi hijo. Un infierno del que nosotros no sabíamos nada, que no conocíamos. Mientras familias y profesores intentaban darles unas migajas de conocimientos bajo el nombre de educación, la verdadera «educación» que recibían los jóvenes era la que adquirirían en estos sitios.

¿Cómo se cerraba los ojos ante esto? ¿Por qué nadie se preocupaba por un sistema que pisoteaba los derechos humanos, que convertía a millones de niños como Kerem en personas anormales, con tendencias suicidas, asociales?

Cuando se lo comentaba a Ahmet, intentaba que lo dejara tranquilo y cambiaba de tema con frases como: «Es un chico, son cosas que pasan, así es la adolescencia, no te obsesiones». Lo que de verdad le preocupaba era no tener que encargarse de la responsabilidad de criar a su hijo, que había echado sobre mis hombros, y tener tiempo para su nueva amante.

Debí de cansarme dándole vueltas a todo aquello porque caí dormida. Cuando me desperté otra vez al amanecer, me acordé del Renault blanco. ¿Estaba exagerando con aquello? Puede que todo fuera una casualidad.

A pesar de mi razonamiento, me acerqué a la ventana a mirar a la calle. A esas horas todo estaba silencioso y desierto.

Bajo una farola estaba aparcado un Renault blanco, pero no podía ver si había alguien dentro. De hecho, ¡cuántos Renault blancos había en este país! Lo había estado pensando ayer, de camino a casa... Cuánta riqueza, y cuánta pobreza... Volví a dormirme.

Dos horas más tarde me despertó el timbre del despertador y empecé a arreglarme a toda prisa. Mientras tanto intentaba que Kerem se levantara. Era nuestra rutina de todos los días. Si no estaba rogándose hasta salir de casa, no se levantaba. Subía el volumen del televisor, abría las cortinas, encendía las luces, pero todo era en vano. Sabía que se levantaría después de que yo me fuera, que no iría al colegio y que se apalancaría de inmediato frente al ordenador. Había días en que estaba normal, se levantaba a su hora y respondía positivamente a mis esfuerzos por adecentarlo y por que llegara al autobús de servicio, pero había épocas en que todo era difícil de verdad.

Uno de esos días llamé por teléfono a Ahmet. «Tu hijo no se levanta y no va a clase. Yo ya no puedo con él, es hijo tuyo también, ¡ven por él!», le dije, pero después de responderme que tenía que llegar a una reunión y que no podía hablar más, me colgó enseguida. Lloré de rabia.

Otra vez daba comienzo el día con una nueva crisis, salí de casa y eché a correr hacia la parada del minibús para no llegar tarde al trabajo. Ya compraría una rosca de pan por el camino y me tomaría un té al llegar a la universidad. No tenía tiempo para desayunar.

Cuando iba a entrar en mi despacho vi que Süleyman me estaba esperando en la puerta.

–Buenos días, tenía algo que decirte.

–Bueno, acompáñame.

–¿Qué tal estás? –me preguntó con una amplia sonrisa.

–Bien. Vamos, di lo que tengas que decirme. Tengo prisa. Tengo que llevarle unos documentos al señor rector.

–Ah, eso es lo que iba a decir.

–¿Qué?

–Tú tienes buena mano con el rector... Tengo un primo, Hüseyin. Y se me había ocurrido que si se lo mencionaras al

rector y él le pudiera encontrar un puesto de bedel o de encargado del té...

«Ahora se entiende el favor de ayer», pensé.

–Yo no le puedo pedir algo así al rector. ¿No tienes boca? Pídeselo tú.

Me miró con una expresión mezcla de decepción e ira. Qui-se cambiar de tema.

–Tenemos que estar a las once en el hotel –continuó con voz dulce–. ¿A qué hora salimos?

–A las diez está bien.

Su tono era frío. Ahora, más que decepcionado, estaba furioso, aunque tampoco lo evidenciaba demasiado. En realidad, esa rabia solapada era más peligrosa. Es algo que aprendes siendo niña. Una ira claramente expuesta suele plantear un problema pasajero. Pero si el otro la oculta, tienes que andarte con cuidado, si es que eres capaz de notarla. La ira reprimida puede significar un peligro más tarde.

De seguro que había metido la pata diciéndole con tanta claridad a Süleyman que no iba a poder ayudarle en lo que me pedía. Las cosas no funcionan así en Oriente Medio. Si le hubiera dicho «Muy bien, me ocuparé de que tu primo consiga un puesto», no habría tenido el menor problema.

No había necesidad de que luego hablara realmente con el rector. Podría haberle dado largas a Süleyman durante mucho tiempo. Mientras tuviera esperanzas me aseguraba de que me doraría la píldora y me trataría con mucho más respeto. Podría haberme dejado en casa todas las tardes.

E incluso cuando quedara claro que no iba a conseguir ningún resultado, habría apreciado lo que valía que me hubiera esforzado, aunque fuera inútilmente. Y algo de su forma de comportarse conmigo durante aquel tiempo se convertiría en una costumbre permanente.

La verdad es que en Oriente Medio la amistad puede convertirse en odio con mucha rapidez y viceversa. Pero Süleyman, como todos los turcos, no sólo era oriental, también era occidental al mismo tiempo. Podría haberme aprovechado de que mostrara facetas a veces occidentales y a veces orientales.

Como era incapaz de convertirlo en una ventaja, una vez más sufría el agobio de vivir en una cultura que era al mismo tiempo occidental y mediorientista. O, mejor dicho, que no era ni occidental ni mediorientista...

Aprovechando que tenía prisa, dejé a Süleyman y me senté a mi mesa. Él se dio media vuelta y se alejó con su rabia encubierta.

Empecé a hojear con rapidez las noticias que habían llegado de las agencias. Era lo primero que hacía cada mañana. Peinar las noticias relacionadas con la universidad y especialmente con el rector, sacar una copia, separar las que era conveniente que viera y presentárselas en una carpeta.

En la prensa había un par de notas sobre el profesor Wagner. Se anunciaba que aquella tarde daría una conferencia en la universidad.

Levanto la cabeza cuando la voz de la azafata me pregunta, prácticamente en un susurro, si quiero algo. Me mira con una ligera sonrisa mientras sostiene mi vaso vacío. Espera una respuesta. No he visto que se me acercara esa mujer alta y rubia vestida de azul ni que me haya cogido el vaso. Su actitud y su pregunta son incluso más amables que antes.

Le doy las gracias y le contesto que no quiero nada. No tengo el cuerpo como para seguir bebiendo oporto. Y además han empezado a dormirme los pies. Me vendrá bien darle un descanso a la escritura, levantarme, moverme, ir al lavabo y luego beber un vaso de agua.